

Lectura

Myrlie Evers-Williams reflexiona sobre el impacto del asesinato de Emmett Till

Myrlie Evers-Williams fue una activista por los derechos civiles y dirigente de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés). Myrlie y su marido, Medgar Evers, organizaron campañas de inscripción de votantes y manifestaciones por los derechos civiles en Misisipi durante las décadas de los cincuenta y sesenta, a pesar de las amenazas de violencia. De hecho, dos activistas de la NAACP, George Lee y Lamar Smith, fueron asesinados en 1955 por registrar votantes. Medgar fue asesinado en 1963.

Nunca llegué a comprender del todo qué fue lo que hizo que el asesinato de Emmett Till fuera tan diferente de los anteriores. En parte, supongo que era su juventud. Medgar estaba convencido de que la existencia de nuestra oficina en Jackson y los enormes esfuerzos de la NAACP por difundir las noticias marcaban una enorme diferencia. Sea cual sea la respuesta, fue el asesinato de este forastero de catorce años de edad lo que desencadenó el clamor mundial, y puso como centro de atención el racismo de Misisipi. Irónicamente, las muertes de George Lee y Lamar Smith, ambas directamente relacionadas con la lucha por los derechos civiles, nunca atrajeron la atención pública que alcanzó el caso Till.

Y quizá esa era la explicación. George Lee y Lamar Smith fueron asesinados por hacer aquello por lo que todo el mundo sabía que se asesinaba a los negros. Ninguno de los dos asesinatos tuvo el efecto de conmoción que supuso el brutal asesinato de un chico de catorce años que, sin duda, no hizo más que comportarse como un muchacho cualquiera. El caso de Till, en cierto modo, era la historia, en resumen, de todos los negros de Misisipi. Porque era la prueba de que ni siquiera la juventud era defensa contra el terror absoluto, que el linchamiento seguía siendo el medio definitivo mediante el cual se mantendría la supremacía blanca, que los blancos aún podían asesinar a los negros con impunidad y que las personas blancas de clase alta y media justificaban esos asesinatos a través de su policía, periódicos y juzgados. Era la prueba de que en Misisipi no se tenía ninguna intención de cambiar las costumbres, de que la vida de ningún negro estaba realmente a salvo y de que el gobierno federal era impotente, como afirmaba, o simplemente no estaba dispuesto a intervenir para borrar esta mancha en la reputación de decencia y justicia de la nación. Era la prueba adicional de que, no habría un cambio real en Misisipi hasta que el resto del país decidiera que debía haber un cambio y lo exigiera.¹

¹ Myrlie Evers-Williams, *For Us, the Living* (Jackson: University of Mississippi Press, 1996), págs. 173–74.